ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

EL GUARDAROPA,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

POR

DON MARIANO PINA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

EL GUARDAROPA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

COMEDIAS.

EN TRES ACTOS.

Ataque y defensa.
Á quien Dios no le da hijos...
Capas y sombreros.
Amor y miedo.
Casada, viuda y doncella.
El oficialito.
Embajador y hechicero.
El rey de los primos.
Juegos prohibidos.
Á caza de divorcios.
El pacto con Satanás, en 4 actos.
Redimir al cautivo.
Con el credo en la boca, en 2 actos.
El libre albedrío.
El guardaropa, en 2 actos.

EN UN ACTO.

No más secreto.
Manolito Gazquez.
Juan el perdío.
Estrupicios del amor.
Aquí paz y despues gloria.
Un contrabando.
Cosas de locos.
E. H.
Carambola y palos.
Las cuatro esquinas.
Suma y sigue.
Las plagas de Egipto.
Escuela normal.
Lluvia de oro.
La novia del general.
Ya pareció aquello.

ZARZUELAS.

EN TRES ACTOS.

Giralda.
La roca negra.
Si yo fuera Rey!
Un trono y un desengaño.
Aventuras de un jóven honesto.
Los Dioses del Olimpo.
Las Georgianas.
La vida Madrileña, en 4 actos.
La sota de espadas.
Los comediantes de antaño

EN DOS ACTOS.

Colegialas y soldados.
Enlace y desenlace.
El sordo.
Bruschino.
Francifredo, Dux de Venecia.
La gata de Mari-Ramos.

EN UN ACTO.

Al amanecer.
¡Diez mil duros!
El jóven Virginio.
El niño.
Compromisos del no ver.
Los peregrinos.
Influencias políticas.
Matar ó morir.
Bazar de novias.
Los rayos del sol.
El hombre es débil.
Mesa revuelta.
La confitera.
Los carboneros.

EL GUARDAROPA,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

POR

DON MARIANO PINA.

Representada por primera vez en Madrid en el Teatro de VARIEDADES el 4 de Abril de 1878.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1878.

PERSONAJES.		ACTORES.
LA BARONESA..................	Sras.	García.
FILOMENA......................		Espejo.
PATRICIA........................		Rodriguez.
EL BARON......................	Sres.	Lujan.
ALFREDO.......................		Vallés.
LINO............................		Ruiz.
DON TELESFORO...............		Tamayo.

En Madrid: época actual.

ACTO PRIMERO.

Habitacion de la casa de Alfredo. Puerta de entrada al fondo, y dos á la derecha del actor. Otra á la izquierda, y chimenea con espejo. Muebles elegantes.

ESCENA PRIMERA.

PATRICIA, despues LINO.

PAT. (Cepillando las cortinas.) Si yo no viniera de cuando en cuando á ayudar á Timotea, las telarañas formarían pabellones en este cuarto. Ella hace lo que puede, y cualquiera diría que es fácil tenerlo todo á la vela en la casa de un hombre solo. ¡Que si quieres! Cuando ese hombre almuerza unos dias á las nueve y otros á la una, y no tiene hora fija para comer ni para nada, anda todo manga por hombro. Afortunadamente hoy acaba tanto desarreglo. Esta noche se casa el señorito, y desde mañana entrará en vereda.

LINO. (Asomándose por la puerta del fondo.) Hay inconviniente?

PAT. Quién va?

LINO. No tengas miedo, soy yo.

PAT. Y qué buscas aquí?

LINO. El rescoldo de tus ojos.

PAT. Á estas horas! Sabes que te vas haciendo muy holgazan?

LINO. Te diré; esta escapatoria se debe á una causaliá.

PAT. El mal oficial...

LINO. Quiá! Mira las herramientas. (Mostrando una bolsa de cuero, en que se ven los mangos de limas y martillos.) Á trabajador no me echa la pata naide. Pero estaba yo en mi taller de cerrajería... ya sabes, en la estacion del Norte, y el maestro me mandó venir ahí... á la calle del Espejo, á cá de uno de los diretores, porque á su señora se le había engaravitao un tornillo de un mueble, y como el desengaravitarlo ha sido obra de un menuto...

PAT. No has querido volver al taller...

LINO. Claro; sin estrechar de refilon ese cuerpo.

PAT. Pues este refilon va á ser el último.

LINO. Ya sé que hay bodorrio en la casa.

PAT. Y por lo mismo, ni tú podrás venir con tanta frecuencia para ver á tu hermana Timotea, ni yo pasaré de mi cuarto á este, con el pretexto de ayudarla en sus faenas.

LINO. En lo de no venir yo, se llevan chasco, porque naide me puede impedir que vesite á mi hermana, y como tú sirves en el cuarto del lado, acecho yo dende este, y en habiendo ocasion, zás... (Haciendo demostracion de entrar.)

PAT. Ni que lo pienses siquiera. Bonito genio tiene mi ama para exponernos!... Ademas, mañana mismo me largo á otra parte.

LINO. Por qué?

PAT. Yo me entiendo.

LINO. Es que yo debo entenderlo tambien.

PAT. Porque observo en mi señora ciertas cosas...

LINO. En la Baronesa?

PAT. Pero tú no debes saber lo que no te importa.

LINO. Suéltala.

PAT. No me fío; eres muy hablador, y si se trasluce...

LINO. Seré un arca de hierro.

PAT. La cosa es muy seria.

LINO. Vamos, revienta de una vez.

PAT. Pues bien, esta noche se casa el señorito de este cuarto.

LINO. Dios lo recoja en sus santos brazos.

PAT. Y ántes de seis dias salen los trastos por la ventana. Porque en cuanto la mujer se entere, de que su marido y mi señora están... eh? figúrate la que se arma.

LINO. El señorito Alfredo y?... bah! tú no tienes corriente el pestillo de los sentíos.

PAT. Porque lo tengo al pelo, he visto lo bastante para no dudar de lo que digo.

LINO. Lilailas y visiones.

PAT. Son visiones, el entrar el señorito en la habitacion de mi ama recatándose de todo el mundo?

LINO. Y qué?

PAT. Y son lilailas, el esconderse precipitadamente en un guardaropa incrustado en la pared, al escuchar la voz del señor Baron?

LINO. En lo de esconderse ya puede haber intríngulis... Pero lo has visto tú?

PAT. Como que estoy siempre de aquí. (Señalando los ojos.) En fin, quieres más? En el bolsillo tengo una carta de ella para el señorito Alfredo.

LINO. Eso ya es más gordo.

PAT. Y tanto, que no pienso dársela. Yo no me meto en trapisondas que pueden salir caras.

LINO. Eso debías habérselo dicho á tu ama ántes de tomarla.

PAT. Me dió vergüenza. Para eso se necesita un descaro... Sobre todo, soy muy jóven para estos papeles. (Sacándola del bolsillo.) Aquí está; voy á arrojarla al fuego. (Se dirige á la chimenea.)

LINO. Eh!... qué vas á hacer? Venga, yo la entregaré, y no lo hago por la Baronesa, á quien apenas conozco, sino por el señorito, del que mi hermana come el pan en esta casa.

PAT. Tómala. (Dándosela.) Y por María Santísima, que de todo esto no se te escape ni una palabra con nadie.

LINO. Tendré en los morros una chapa de hierro colao.

PAT. Parece que llega álguien.

LINO. Pues chapesco á la cocina.

PAT. Has merendado?

LINO. Un chicote de á cuarto.

PAT. Quizá guarde Timotea algo que echar por la garganta.

LINO. Así fuera un carnero en estofao. (Vánse.)

ESCENA II.

ALFREDO, saliendo por la puerta derecha, despues D. TELESFORO.

ALF. Pues señor, llegó el momento solemne. Héme aquí con el traje nupcial, esperando que mi tio y padrino venga á conducirme á la casa de mi futura, y de allí á los piés del sacerdote. De aquí á dos horas todo se acabó. Alegría, libertad, independencia... tres ideales distintos que reduzco á una mujer verdadera.

TEL. (Saliendo.) Las cinco y cuarto. Estás preparado?

ALF. Sí, querido tio, estoy dispuesto al sacrificio.

TEL. Al sacrificio! Yo te aseguro que muchos te envidiarán el papel de víctima. Casarse con una jóven bonita, honrada y con treinta mil duros de dote.

ALF. Pues si no fuera por eso, renunciaría yo á la espansiva vida del celibato?

TEL. Y tan espansiva, que si no te saco de ella, peligra mi caudal, segun va de vuelo el tuyo.

ALF. En fin... olvidemos las pasadas glorias.

TEL. Inmarcesibles! Carolina te plantó por un oficial... de peluquero.

ALF. Se lo perdoné, y pelillos á la mar.

TEL. Felisa te engañaba con un bolsista.

ALF. Azares del juego; la cotizó á más precio...

TEL. Y Casilda, y Dolores. . cuantos devaneos te he conocido, han sido para tí otros tantos desengaños.

ALF. Porque recuerda usted á las casquivanas y venales, olvidando á las constantes y honradas. Vamos á ver. Tiene usted algo que decir de Filomena?

TEL. Bah! Esa es la que está ahora en candelero: la estanquerita.

ALF. Esa estanquera se tira por el viaducto, en cuanto sepa

que me caso con otra.

TEL. No le dará tan fuerte.

ALF. Y no tardará en saberlo, porque usted, á pesar de mis súplicas, se ha empeñado en divulgarlo.

TEL. Yo!...

ALF. Pues quién?... Lo saben los criados... la planchadora... y hasta el portero me dió el parabien esta misma tarde.

TEL. Y lo más chusco es, que se habrá enterado la Baronesa.

ALF. Tendría muy poca gracia.

TEL. Si no sostuvieras embrollos con mujeres casadas...

ALF. Está usted en un error. Nada tengo que ver con esa señora, de cuya virtud nadie puede dudar.

TEL. Entónces!...

ALF. Eso es lo raro. Ántes de casarse, es verdad, tuvimos relaciones, castas como la misma Susana. Pero se empeñó en que le hacía traicion con una artista ecuestre...

TEL. Tú!...

ALF. Lo cierto es, que me dió dimisorias, y al año siguiente se casó con el Baron.

TEL. Y bien?

ALF. Desde esa época tiene la manía de que la devuelva sus cartas, y yo el capricho de conservarlas.

TEL. Lo que debes hacer con ellas es un auto de fé.

ALF. Eso ha pretendido la Baronesa con respecto á las suyas en nuestras misteriosas entrevistas, y en algunas de las que, dicho sea de paso, he tenido que esconderme más que deprisa, por la llegada del Baron.

TEL. Llevar á tu matrimonio, si se descubre tal archivo, un fecundo gérmen de disputas retrospectivas! Nada, nada... al fuego ahora mismo.

ALF. Ahora mismo!... Mire usted que tengo lleno un baul mundo.

TEL. Aparta las de la Baronesa, que yo propio la entregaré, y mañana pulverizo las demás aleluyas.

ALF. Reflexione usted...

TEL. No admito reflexiones ni excusas.

ALF. Corriente. Puesto que usted se empeña en que se le de-

vuelvan, buscaré las cartas de mi vecina; pero conserve usted las demás, como riquísimos tesoros de ortografía y sintáxis.

TEL. Ya verás qué paso llevan. Y no te descuides, porque ántes de media hora me tienes aquí otra vez, para acompañarte á la iglesia. (Váse.)

ESCENA III.

ALFREDO, despues FILOMENA.

ALF. Bien mirado, mi respetable tio tiene tiene razon. Al inclinar mi cerviz á la santa coyunda, debo destruir esos testimonios fehacientes de mis pasadas locuras.

FIL. Da usted audiencia, caballero?

ALF. (¡Cielos! Filomena!) Qué buscas aquí, desgraciada?

FIL. Busco al más infiel de los hombres, y la fortuna me lo depara.

ALF. Te perdono la injuria, pero extraño que vengas á inferírmela á mi casa.

FIL. Todo lugar es bueno, para desenmascarar á los traidores.

ALF. No comprendo...

FIL. Yo vivía en mi estanco como el pez en el agua, cuando entró usted en él por primera vez. á comprar una cajetilla de emboquillados.

ALF. Me lo has recordado quinientas veces.

FIL. Desde entónces, se hizo usted mi más constante parroquiano, y yo le serví con gusto, despues de las cajetillas, peninsulares escogidos, habanos legítimos, vegueros superiores... y en fin, cuanto había en mis escaparates; hasta que me pidió usted brevas... que no le pude facilitar, porque de esa labor no hay tabaco en mi establecimiento.

ALF. Pero á qué viene todo eso?

FIL. Desde entónces, mi corazon, que era para todos áspera virginia, fué para usted picadura suave, y cuando creía que el de ese pecho era aromática regalía, me encuentro con una venenosa tagarnina.

Alf. Puedes dudar de mi cariño?

Fil. Porque no dudaba le entregué á usted mi alma y me abrasé en el fuego de esos ojos, tan fugaz y falso como el de un pitillo apagadizo.

Alf. Ilusiones de tu suspicaz carácter.

Fil. Cuando me aseguraban los que pretenden conocerle, que bajo una capa de flor fina oculta usted un corazon averiado...

Alf. Vive Dios!...

Fil. Tuve la debilidad de creerlo calumnia, ó de considerarlo, á lo más, como una inevitable defraudacion cometida en la aduana de mis severos principios. Pero hoy se trata de asunto más importante. Hoy quiere usted burlar mis derechos, sometiéndose al prescinto legal, y vengo decidida á impedirlo.

Alf. Estás delirando.

Fil. No se moleste usted en negarlo. Sé que esta noche se desposa usted con otra.

Alf. Semejante disparate!

Fil. Lo sé de buena tinta.

Alf. Pues el pendolista ha querido divertirse contigo. Casarme yo con otra!

Fil. Alfredo... mírame de hito en hito.

Alf. Como si me estuviera fotografiando en el cliché de tus ojos.

Fil. No me engañas?

Alf. Me mataría el remordimiento si yo engañase á una mujer. Conque márchate tranquila, y confía en mi fidelidad.

Fil. Me marcharé, pero contigo.

Alf. Imposible. Estoy aguardando á mi tio... ya sabes, un señor millonario, á quien tengo esperanza de heredar.

Fil. Que dispense por esta noche.

Alf. Bonito genio tiene! Pero, si no esta noche, vete segura de que mañana muy temprano... (tomo con mi esposa el tren de París.)

Fil. Pretendes alejarme de aquí, porque es verdad lo de tu

enlace.

ALF. Dale con mi enlace! Te digo que no he pensado en él.

BARON. (Dentro.) No hay que pasarle recado.

ALF. Esa voz!...

FIL. Por qué te asusta? Es tal vez la de tu futuro suegro?

ALF. Todavía insistes?... Es la del Baron del Mimbre.

FIL. Ah! el bondadoso marido de?...

ALF. Silencio, vive Dios!

ESCENA IV.

DICHOS, el BARON.

BARON. Temía no encontrar á usted ya en casa.

ALF. Oh! señor Baron! Cómo va?

BARON. Siempre con mi afeccion al hígado, pero tan campante.

ALF. Á que debo la honra?...

BARON. Los buenos amigos se conocen en las ocasiones solemnes. (Viendo á Filomena.) Ah! perdone usted, no había reparado... (Saludando.) Señora...

FIL. (Id.) Caballero...

BARON. (Qué miro!... la estanquerita de la calle de...)

FIL. (Calla!... el parroquiano que me echa tantos piropos.)

BARON. Pues, vecinito, vengo dispuesto á reñir con usted.

ALF. Conmigo!

BARON. Esta noche nos toca el Real. Estamos abonados con otras dos familias á un décimosexto turno, y no he querido marchar sin dar á usted mis quejas.

ALF. Ño alcanzo...

BARON. Tener tan oculto que esta misma noche...

ALF. Ejem, ejem... (Tosiendo para interrumpirle.) (Esto me faltaba.)

FIL. Decía usted, caballero?

BARON. (Pero qué retemona es!) Decía, que...

ALF. El señor Baron es muy bromista.

BARON. No, no; me quejo de veras, y mi mujer está que trina tambien. Proceder tan cautelosamente con nosotros, en un asunto que es ya del dominio de todo el mundo!...

FIL. Lo mismo le digo yo. Prosiga usted, caballero.

BARON. Já, já. Lo sabe usted tambien?

ALF. (Ap. al Baron.) No señor, lo ignora, y conviene que usted lo calle.

BARON. (Id. á Alfredo.) Eh! que lo ignora, y no conviene?... Ah! picaron!

FIL. Adelante. Siga usted con sus reconvenciones.

BARON. Mis reconvenciones son... (por dónde salgo yo ahora?) porque Alfredo, como usted ya sabrá, abandona este cuarto.

FIL. Sí?...

BARON. Y no se ha dignado participarme su mudanza.

ALF. (Ap. á Filomena.) Ya lo ves. Sospechabas de la Baronesa, y me alejo de ella.

FIL. (Justo, para casarse con otra.)

ALF. (Al Baron.) Me proponía ofrecer á usted mi nueva casa al instalarme en ella.

BARON. Como se la ofrecerá á las personas de cumplido, pero conmigo, su más cercano vecino, debía usted proceder con ingénua franqueza.

FIL. Claro; habiendo entre ustedes relaciones tan fraternales...

BARON. Lo gracioso es, que mi esposa apenas le conoce; pero celosa de todo lo que me atañe, está sulfurada, y desea que le dé una leccion de buena vecindad á mi reservado amigo, ofreciéndole un asiento en nuestro palco.

ALF. Me prestaría de buen grado á ser la víctima de tan generosa venganza, si otras atenciones no me privasen de semejante honor. Tengo que acompañar á mi tio...

BARON. Me lo ha nombrado usted varias veces, y aún no conozco su fisonomía.

ALF. Como es nuevo en Madrid... pero ya se lo presentaré. Y si ustedes lo permiten, voy á mi despacho en busca de algunos papeles que debo entregarle. (Ap. al Baron.) Aléjela usted de aquí.

BARON. (Id. á Alfredo.) Entendido.

FIL. (Id.) Sino sales pronto, alboroto la casa.

ALF. (Id. á Filomena.) Al momento. (Si pudiera escaparme por el balcon!...) (Váse por la derecha.)

ESCENA V.

FILOMENA, el BARON.

BARON. (Pobre muchacha! Tan bonita y abandonada por ese libertino. Si yo me aprovechara de la ocasion...)

FIL. (Tiene cara de papanatas. Si pudiera sonsacarle...)

BARON. Me permite usted una pregunta, peregrinísima Filomena?

FIL. Todas las que usted guste.

BARON. Ama usted mucho á mi vecino?

FIL. No señor, ya no le amo. Desde que sé sus perfidias...

BARON. Perfidias con usted!... Eso sería imperdonable.

FIL. Yo me tengo la culpa. Si hubiera seguido mis arraigadas inclinaciones, no sería el juguete de un barbilindo solapado y tronera.

BARON. Efectivamente, no tiene perdon de Dios.

FIL. Si hubiera admitido los homenajes de personas juiciosas, de sana vena...

BARON. Y esquisito gusto...

FIL. Eso: de severo aspecto, pero con el corazon superfino y aromoso.

BARON. Como si dijéramos, tabaco maduro.

FIL. Ay!... yo me muero por los hombres formales.

BARON. (Ella misma se me viene á la mano!... Vamos, me lanzo.) Pues aquí hay uno, que por esos ojos tiene el corazon más pulverizado que el contenido de una lata de rapé.

FIL. Vaya, no sea usted lisonjero.

BARON. Soy el genio de la verdad y el emblema de la reserva.

FIL. Ay! calle usted por Dios. En este mundo todo se sabe.

BARON. Entre nosotros media una feliz casualidad que asegura el secreto.

FIL. (Adónde irá á parar?)

BARON. Esta casa es por la espalda medianera de la que usted vive.

FIL. Ignoraba esa circunstancia.

BARON. Yo no ignoro nada de lo que á usted la concierne.

FIL. Adelante.

BARON. Un desvan de su cuarto de usted, recibe las luces por una reja de otro del mio.

FIL. Ah! sí; allí tengo mis gallinas.

BARON. Y allí suelo estar yo como un pavo, sólo por ver á usted cuando las cuida.

FIL. Y bien?...

BARON. Va usted comprendiendo?

FIL. Hasta ahora no comprendo más que lo del pavo.

BARON. Si usted correspondiera á mi amor, con separar uno ó dos hierros de la citada reja...

FIL. (Friolera!)

BARON. Podía yo penetrar á las altas horas de la noche...

FIL. Sí, pero eso es muy expuesto.

BARON. Por qué?

FIL. Porque se alborotaría el gallinero.

BARON. Se le pone ántes en pepitoria.

FIL. Ademas, mientras conserve la esperanza de casarme con Alfredo, no debo pensar en otro hombre.

BARON. Es decir, que si la perdiese usted enteramente...

FIL. Entónces... aunque no fuera más que por vengarme...

BARON. Pues ha llegado ese caso.

FIL. Qué dice usted?

BARON. Que Alfredo se casa con otra á las nueve de esta noche.

FIL. (Á las ocho le ahogo.) Eso podrá ser un alegre cuento.

BARON. Para usted es una triste historia.

FIL. Conoce usted á la novia? Quién es? Dónde vive?

BARON. Ignoro esos pormenores; pero si con indagarlos ganase siquiera la punta de su corazon...

FIL. La punta!... lo ganaría usted en redondo.

BARON. Oh! delicia! En el café de la esquina habrá amigos de Alfredo, que conocerán los detalles de ese matrimonio. Me llego en un momento...

FIL. No se detenga usted.

BARON. Pero voy confiado? ..

ESCENA VI.

DICHOS, LINO.

LINO. Se pué pasar?
FIL. Eh?...
LINO. Perdonen ustés, busco al señorito. Hola! Usté tambien por aquí?
FIL. Sí, he venido á...
BARON. (Ap. á Filomena.) Quién es este hombre?
FIL. (Id. al Baron.) Un artesano... un oficial de cerrajero que me conoce, porque es mi antiguo parroquiano.
BARON. (Id.) Un cerrajero! lo que nos hace falta.
FIL. (Id.) Para qué?
BARON. (Id.) Para franquear la reja.
FIL. (Id.) Ciertamente; pero qué hace usted parado?
BARON. (Id.) Es verdad: vuelvo ántes de diez minutos.) (Váse.)

ESCENA VII.

FILOMENA, LINO.

LINO. (Me he comido media tortilla de bacalao y dos arenques, y tengo una fragua en el estógamo.)
FIL. Conoce usted á don Alfredo?
LINO. Le conozgo por concomitencia.
FIL. Es usted quizás el encargado de repasar el herraje de la nueva casa?
LINO. Soy el encargao de entregarle una carta.
FIL. Ya... del maestro.
LINO. No es del maestro; es de una maestra.
FIL. No adivino...
LINO. Já, já; trapisondas del señorito.
FIL. (Otra más!) Algun enredillo? Hace perfectamente en divertirse.
LINO. Pues la diversion le pué costar el mejor dia que le machaquen una clavícula; porque tanto se da en el yunque...
FIL. Aprension! Él es soltero, ella lo será tambien...
LINO. Ella tiene un marío más zopenco que un cerrojo.

FIL. Le conoce usted?

LINO. Toma!... y usté tambien.

FIL. No lo dudo, el señorito me lo cuenta todo.

LINO. Pero á mí me han encomendao el secreto, y estoy grasnando demás.

FIL. Qué importa? Conociendo yo á la interesada...

LINO. Pamema! nómbremela usté. Es una, que cuando recibe en su gabinete á don Alfredo y siente que viene el marío, esconde al primero en un guardaropa incrustao en la paré.

FIL. Ah! sí... (Quién será esa infame!) Se llama...

LINO. Lárguelo usté, lárguelo usté.

FIL. Silencio. Luégo se lo diré.

ESCENA VIII.

DICHOS, ALFREDO.

ALF. (Guardando las cartas.) (No he podido encontrarlas todas. (Viendo á Filomena.) Vive Cristo! todavía aquí!) Suponía que convencida de mi buena fé, habrías abandonado esta casa.

FIL. Ya me iba, pero me detuve un momento con este hombre, que desea ver á usted.

ALF. Ah!... (El novio de Patricia!)

LINO. Para entregarle esta carta...

ALF. Venga. (Tomándola.)

LINO. Que me ha dao para usté mi...

ALF. Sí, ya sé; puede usted retirarse.

LINO. Pues con su premiso, aguardaré ahí fuera, por si tié contestacion.

ALF. Bien, haga usted lo que guste. (Váse Lino.)

ESCENA IX

FILOMENA, ALFREDO.

FIL. (Al ver que Alfredo guarda la carta.) No la lee usted?

ALF. Tiempo hay. Sé que trata de un asunto insignificante.

FIL. No importa. Entre nosotros debe usted prescindir de etiquetas. (Se dirige al espejo y arregla su tocado, mirando de reojo á Alfredo.)

ALF. (Si no la leo va á sospechar...) Puesto que lo permites... (Abre la carta y tira el sobre.) (De la Baronesa!)

FIL. Si no ve usted, encenderé una cerilla.

ALF. No, veo perfectamente.

FIL. Cómo va oscureciendo...

ALF. (Leyendo para sí.) «Si á las siete de esta noche no me ha »devuelto usted mis cartas, su prometida recibirá las »que tengo de usted, al firmar el contrato matrimo»nial.» (Tal escándalo!... y será capaz de hacerlo.) (Una criada pone en la mesa un candelabro encendido, y se retira.)

FIL. (Se ha puesto pálido.) Y bien?

ALF. Lo que presumía: (Guardando la carta.) del casero, que me reclama desperfectos del cuarto. (Mirando el reló.) (Y son las siete ménos seis minutos!)

FIL. (Es una cita.)

ESCENA X.

DICHOS, el BARON.

BARON. Pues señor, ya lo sé todo. (Viendo á Alfredo.) Ah!...

FIL. Lo ha visto usted? El señor Baron ignoraba la funcion anunciada en el Real.

BARON. Justo y... (Yo no sé mentir... Se traba mi lengua.)

FIL. Y ha salido á ver el cartel.

BARON. Eso.

FIL. Y qué hacen?

BARON. Ruperto el Diágolo de Bermeayer. (No sé lo que me digo.)

ALF. Una ópera deliciosa!

BARON. Sobre todo cuando salen las bailarinas y hacen... (Al ejecutar un paso de baile, ve el sobre que tiró Alfredo.) Eh!... (Recogiéndolo.) Á quién se le ha caido esta carta?

ALF. Es un sobre inútil.

BARON. Letra de mi mujer.
FIL. (De su mujer!)
ALF. En efecto... ha tenido la bondad de mandarme una tarjeta con el número del palco, por si acepto el convite de usted.
BARON. Lo dicho; está trinando. Já, já.
FIL. (*Ap. á Alfredo.*) Y reclama al mismo tiempo los desperfectos?
ALF. (*Id. á Filomena.*) Yo te explicaré... (*Mirando el reló.*) (Faltan dos minutos!)
BARON. Y por último, tendremos el gusto de?...
ALF. Sí, es posible; pero ahora recuerdo que no tengo cigarros. (*Indicándole por señas á Filomena que va á su casa.*) Y voy en un momento. Tenga usted la bondad de esperarme, señor Baron. (*Váse.*)

ESCENA XI.

FILOMENA, el BARON.

FIL. (Va á verla, no cabe duda.)
BARON. Gracias á Dios que se fué. Poseo noticias seguras.
FIL. Hable usted.
BARON. Se desposa esta noche á las nueve. La novia se llama Dulce nombre, y vive en la calle del Limon.
FIL. (Traidor! Oh! Si el Baron lo encerrase...)
BARON. Los jóvenes del dia! Todos falsos y desleales. Mientras que yo, hombre de cuarenta y ocho años, pero bien conservado, que la amo á usted con delirio vertiginoso...
FIL. Oh! si eso fuera verdad... Si me diese usted pruebas!...
BARON. Señale usted sacrificios; pídame imposibles, y será satisfecha. Una oreja del coloso de Rodas; la llave de la Puerta del sol; cuanto usted exija, por inverosímil y difícil que sea, lo conseguirá de mi pasion.
FIL. Pues bien: exijo una llave.
BARON. La de mi pecho?
FIL. No, yo soy algo original. En el gabinete de su esposa de usted hay un guardaropa.

BARON. Veo que conoce usted la casa. Y qué?

FIL. Necesito ahora mismo la llave de ese guardaropa.

BARON. La llave de!...

FIL. Sí, para probarla en otro igual, del que he perdido la mia.

BARON. Señora, eso es muy respetable; el gabinete de mi mujer!... Pídame usted otra cosa.

FIL. Si se niega usted á lo más sencillo, es inútil que sigamos hablando.

BARON. Semejante rareza!... En fin, si la hace usted cuestion de gabinete, no vacilo en obedecerla.

FIL. Pero en seguida: yo soy una pólvora. Cierra usted bien, y...

BARON. En cambio olvida usted para siempre al desleal Alfredo.

FIL. Para siempre.

BARON. Y hace usted desviar los hierros de la reja?

FIL. Esta misma noche. (Buen chasco te llevas.)

BARON. ¡Oh! felicidad! Mi corazon, mi alma, la llave... todo es de usted. Voy como un rayo. (Váse.)

FIL. Á lo ménos el perjuro no se casa esta noche; y cuando desesperado salga de su encierro, para lo cual haré que vuelva la llave á la Baronesa, encontrará sobre su pupitre la terrible carta que voy á escribirle. (Váse por la derecha.)

ESCENA XII.

LINO, despues la BARONESA.

LINO. Naide... Ó se ha olvidao de que estoy esperando, ó es que la carta no tiene contestacion, y debo dirme al obraor. Uf! acaba de darme Patricia una copa de aguardiente, pa desvalagar la sal de los arenques, y se ha encrespao más la rescoldina que siento en el arca del cuerpo. Si me atreviera á entrar en su habitacion, recordaría á don Alfredo... (Mirando desde la puerta.) No lo veo; á quien deviso es la estanquera, que está escribiendo en su mesa muy agitá. Que sea verdá ó me dequivoque, me ha dao en la nariz que entre el señorito y la

espendeora de coraceros hay humo de contrabando. Pero á mí qué? Allá se las hayan.

LA BAR. (Saliendo muy agitada.) Patricia... Patricia... (En dónde estará esa chica?)

LINO. (Huy! la señá Baronesa!)

LA BAR. Es usted criado de la casa?

LINO. No señora, yo no sirvo á naide. Soy un artista.

LA BAR. Un?...

LINO. Cabal, en cerrajería, pa lo que usté guste mandar.

LA BAR. (Oh! el cielo nos lo depara.) Necesito hablar con don Telesforo. Le conoce usted?

LINO. Quién es don Telesforo?

LA BAR. El tio de Alfredo. Pronto...

LINO. Ah! le conozgo, pero no vive en esta casa.

LA BAR. No importa, quizá se encuentre en ella; búsquele usted

LINO. Corriente; si está, le diré que le esperan, y me marcho á mi taller.

LA BAR. No; espere usted ahí fuera. Tal vez me será útil la pericia de usted.

LINO. Señora, yo tengo que ir á mi obligacion.

LA BAR. (Dándole una moneda.) Tome usted, por desatenderla.

LINO. (Tomándola.) (Cinco machos!)

LA BAR. Quiere usted más?

LINO. Quiá! está muy bien pagao.

LA BAR. Pues, vivo; lo primero es buscar á don Telesforo.

LINO. Justamente me paece que escucho su voz. Aguarde usté un momento. (Váse.)

ESCENA XIII.

LA BARONESA, despues D. TELESFORO.

LA BAR. Haga el cielo que no se engañe, y que yo le hable pronto para que me favorezca en mi terrible apuro. (Viéndole.) Ah! gracias á Dios!

TEL. Llego en este momento de la calle, y me anuncian que me espera una señora...

LA BAR. Con la mayor ansiedad.

TEL. Y á qué debo el honor?... ah! usted buena?

LA BAR. No perdamos el tiempo en cumplimientos; los instantes son preciosos.

TEL. Adelante: no los malgastemos.

LA BAR. Usted viene á reunirse con Alfredo...

TEL. Justo; para conducirlo á los altares.

LA BAR. Pues una horrible desgracia puede privarle de esa satisfaccion.

TEL. Demonio! Qué ha sucedido?

LA BAR. Escúcheme usted. Yo soy la Baronesa del Mimbre.

TEL. Por muchos años. Conozco el título.

LA BAR. Hace un momento se encontraba Alfredo en mi habitacion, y le juro á usted que ni se había sentado.

TEL. Ya sé que entre ustedes hay cierta cuestion en pie.

LA BAR. Mi marido es extremadamente celoso, y como no le esperaba tan pronto, al sentir sus pasos me sobrecogí de espanto, y Alfredo se ocultó en un guardaropa.

TEL. Hasta ahora no veo nada que no sea muy usual y corriente.

LA BAR. Déjeme usted concluir. Para disimular la emocion, figuré que arreglaba mi tocado, y ví por el espejo que el Baron se guardó en el bolsillo la llave del ropero, que yo había cerrado.

TEL. Diantre! eso ya es grave.

LA BAR. En seguida me preguntó si estaba dispuesta para marchar al teatro, y le supliqué que bajase á buscar un coche, con intencion de acudir á usted entre tanto, para que me salve de tan angustioso apuro.

TEL. Señora, yo?

LA BAR. Va en ello mi honor, y le juro á usted por lo más sagrado, que soy inocente.

TEL. Me consta; pero qué puedo hacer yo en este asunto?

LA BAR. Es necesario que mientras mi marido está conmigo en la ópera, saque usted á Alfredo de su encierro.

TEL. De qué manera?

LA BAR. Yo vivo en el cuarto del lado.

TEL. Lo sé.

LA BAR. Tome usted el picaporte. (Se lo da.) No encontrará á nadie, porque con diferentes pretextos he mandado fuera á los criados.

TEL. Y qué?

LA BAR. Sigue usted el pasillo de la derecha, hasta dar con mi gabinete, y hace saltar la cerradura del fatal guadaropa.

TEL. Allanamiento de morada con fractura de!... Imposible.

LA BAR. Prefiere usted, que su sobrino y yo muramos á manos de mi esposo?

TEL. Qué he de preferir, señora!... pero lo que usted me propone es muy difícil. Violentar una cerradura sin hacer ruido... para eso se necesita un cerrajero.

LA BAR. Lo tengo.

TEL. En dónde?

LA BAR. (Señalando por la puerta del foro.) Allí... véalo, usted.

TEL. (Esta es una mujer superior. Todo lo ha prevenido en un momento.)

LA BAR. Promete usted salvarme?... se lo suplico de rodillas.

TEL. Qué he de hacer, si no hay otro remedio?

LA BAR. Cielos! Oigo toser á mi marido.

TEL. Caracoles!

LA BAR. Escóndase usted. No conviene que nos vea juntos.

TEL. En dónde?

LA BAR. Qué sé yo?... Allí. (Señalando la puerta izquierda.)

TEL. (Lo dicho: es una mujer superior.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA XIV.

LA BARONESA, el BARON, despues FILOMENA.

LA BAR. (No se si podré ocultar mi turbacion.)

BARON. (Saliendo.) No lo hay más lijero que yo. Llegué, ví y... (Canario! mi mujer!)

LA BAR. Eh!... decías?...

BARON. Digo... que ya está el coche á la puerta; y como suponía que habrías entrado aquí...

LA BAR. Á dar algunas órdenes á mi doncella, que no hay quien la saque de este cuarto.

BARON. (Dónde se habrá metido Filomena!...) Si quieres que aguardemos á Alfredo, pronto debe venir.

LA BAR. No, no; marchemos al momento.

BARON. (Se ha eclipsado á la hora crítica.)

FIL. (*Al salir.*) (Habrá vuelto el Baron?)

BARON. (*Viéndola.*) (Ah!...)

FIL. (*Viendo á la Baronesa.*) Qué es esto?... Otra mujer! (*Vuelve á entrar para no ser vista. El Baron saca la llave y sopla en ella para llamar la atencion de Filomena.*)

LA BAR. Pero qué haces, que no me sigues?

BARON. Nada; prevengo esta llave para silbar al que desafine.

LA BAR. (Dios mio! será una amenaza?) (*Cogiendo su brazo.*) Vamos.

BARON. Sí, vamos. (*Al marcharse, mirando á Filomena, deja la llave en una silla próxima á la puerta.*)

FIL. (*Saliendo y cogiendo la llave.*) Oh! Cuando suene la hora de la boda, y el perverso se desespere en su prision, escucharé yo la campana del reloj, saboreando el placer de la venganza. (*Váse por el foro.*)

ESCENA XV.

D. TELESFORO, despues LINO.

TEL. (*Dirigiéndose á la puerta del foro.*) Chist... chist...

LINO. Es á mí?

TEL. Tiene usted los útiles?

LINO. De qué?

TEL. De franquear ratoneras.

LINO. No me ocupo nunca de esas menudencias.

TEL. No importa: sígame usted.

LINO. Á dónde?

TEL. Á donde dice esa tarjeta. (*Le dá una moneda.*)

LINO. (Otros cinco duros!) Con estas señas franqueo yo aunque sean jaulas de grillos.

TEL. Pues, andando.

LINO. Como una saeta. (*Vánse por el foro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete ochavado de la casa del Baron. Puertas en las ochavas del fondo, y tocador de señora en el centro de aquel. Entre el tocador y la ochava izquierda, balcon con cortinas. Á la derecha, dos puertas, siendo la última la de entrada. Á la izquierda, en primer término, la del guardaropa, y otra en segundo. Velador próximo al balcon, sofá con almohadones, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

D. TELESFORO, LINO.

TEL. (Saliendo misteriosamente momentos despues de levantarse el telon, alumbrándose con un cabo de vela muy pequeño.) He seguido la direccion que me marcó la Baronesa, y este debe ser su gabinete; ese tocador lo indica. (Volviendo á la puerta.) Maestro... maestro...

LINO. (Asomándose.) Hemos llegado al sitio?

TEL. Me parece que sí. Pase usted.

LINO. (Saliendo.) Le advierto, que soy un artesano honrao, y que si venimos aquí á cometer una picardía, le devuelvo á usté su dinero, y me planto en la del rey.

TEL. Al contrario: vamos á practicar una buena obra.

LINO. Para eso estoy siempre dispuesto.

TEL. Y si guarda usted profundo secreto doblaré la cantidad.

LINO. Con ese candao, facilillo es que yo chiste!

TEL. (En dónde estará el guardaropa?) (Mirando á todos lados.)

LINO. Dígame usté, amigo, habrá fuente en esta casa?

TEL. Para qué?

LINO. Pa tirarme un latigazo de agua, antes de comenzar la faena.

TEL. Déjese usted ahora de fuentes ni arroyos.

LINO. (Estoy escupiendo salmuera.)

TEL. (Sólo veo puertas de habitaciones... ah! esta debe ser. (Llamando en el guardaropa.) Alfredo...

ALF. (Dentro.) Quién llama?

LINO. (San Antonio! ahora comprendo!...)

TEL. Soy yo, tu tio. Estás ahí?

ALF. (Id.) Sí, ahogándome.

TEL. Aguanta; pronto saldrás. (Á Lino.) Saque usted los chismes.

LINO. Pa qué?

TEL. Para descerrajar esta puerta.

LINO. Decerrajar! no hay necesiá. Aquí traigo yo garabatos que abren la biblia. (Sacando un hierro de la bolsa.)

TEL. Pues manos á la obra: yo alumbraré.

LINO. Casualmente las cerrauras son mi fuerte. (Metiendo el hierro y procurando abrir.)

TEL. Me alegro: así terminaremos más pronto. Cede?

LINO. Durilla está.

TEL. Pues firme con ella.

LINO. Deje usté, deje usté... este hierro no sirve. (Saca otro.)

TEL. (Me tiemblan las piernas como si estuviera cometiendo un delito.) Con ese tampoco?

LINO. No sea usté súpito.

TEL. Es que la cosa urge. (Ya se estarán reuniendo los convidados.)

LINO. La primera vez que me ha sucedío... Vamos, que no agarra.

TEL. Y la echaba usted de inteligente!

LINO. Le diré á usté. Hay dos clases de cerrauras: unas que

no entiende naide, y otras... que no entiendo yo.

TEL. De modo que á cualquiera de ellas que pertenezca esta, nos hemos divertido.

LINO. Pero queda el recurso del cortafrio y martillo.

TEL. (Cogiendo el hierro y dándole el cabo de vela á Lino.) Deme usted, hombre. Á ver si yo puedo... (Intenta abrir.)

LINO. Cuando este cura no lo ha enganchao...

TEL. Me parece que esto no sirve para nada.

LINO. Chispas! que me quemo los dedos.

TEL. Sólo faltaba quedarnos sin luz. Uf! Estoy sudando.

ALF. (Dentro.) Pero no abre usted? Repito que me falta aire.

TEL. Pues señor, no hay más remedio que la violencia.

LINO. Para eso me pinto solo. Tome usté. (Dándole el cabo y sacando el martillo y cortafrio.)

TEL. Es imposible tener este cabo en la mano tres minutos más, sin achicharrarse las uñas.

LINO. Lo ha traío usté tan esmirriao...

TEL. Si hubiera por aquí una bujía ó quinqué... (Mirando.) Nada. Pero habrá en alguna otra habitacion. Síga usted trabajando mientras los busco. (Váse con la luz por la puerta de la ochava izquierda.)

ESCENA II.

LINO, despues PATRICIA.

LINO. (Dejando las herramientas en una silla.) Siga usted trabajando!... Si creerá ese señor que soy gato, y que mis ojos ven en las tinieblas?

PAT. (Con un quinqué encendido.) (Dios mio! en cada habitacion que registro, me parece que voy á encontrar un asesino.)

LINO. (Al ver alumbrada la escena.) Vamos, ya vuelve.

PAT. (Al verle.) Ay!...

LINO. (Volviéndose.) (Eh!) Patricia!

PAT. Eres tú!... Merecías diez cachetes, por el susto que me has dado. Qué haces aquí? Por dónde has entrado?

LINO. Toma! por la puerta.

PAT. Claro; como para tí no las hay cerradas.

LINO. Velaí! (No canto, aunque me aspen.)

PAT. Y te la dejas abierta, para que yo, que llego despues, me figure que ha penetrado algun ladron, y ande registrando el cuarto muerta de miedo.

LINO. Ah! se quedó abierta?

PAT. Y así la he dejado, por si tenía que huir.

LINO. Pues ya puedes cerrarla.

PAT. Pero ántes te plantas en la escalera. Te he prohibido entrar aquí.

LINO. Lo sé; pero... la fuerza de la pasion me hizo...

PAT. Bien, dame un abrazo y vete.

LINO. En el abrazo estoy á tu obediencia. (Se lo da.) Pero en lo de dirme, no te puedo complacer.

PAT. Que dices!... quieres comprometerme?

LINO. Digo, que...

PAT. (Acercándose á la puerta de entrada.) Vírgen santa! Estamos perdidos.

LINO. Por qué?

PAT. El amo! escóndete al momento.

LINO. En dónde?

PAT. Qué compromiso!

LINO. (Buscaré al compañero.) (Váse por donde D. Telesforo.)

ESCENA III.

PATRICIA, el BARON.

PAT. (Qué le habrá pasado, para volver tan pronto!)

BARON. Perfectamente. Usted muy descuidada en este gabinete, y la puerta de la calle de par en par, para que entre quien le dé la gana.

PAT. No sabía... Sin duda, el sandio del aguador...

BARON. El aguador á estas horas?

PAT. Hoy se ha retrasado.

BARON. Puede usted retirarse.

PAT. Viene usted malo?

Baron. El hígado me molesta un poco, pero no hay cuidado.

Pat. Quiere usted que le sirva una taza de algo?

Baron. Lo que quiero es quedarme solo.

Pat. Pero...

Baron. Largo.

Pat. (Dios mio! qué va á pasar aquí!) (Váse.)

ESCENA IV.

EL BARON.

He dejado á mi esposa en el teatro, y vengo á continuar durante su ausencia mi aventura con Filomena. Si es fiel á su palabra, encontraré la reja en disposicion de penetrar por ella, y voy á ser el más feliz de los amantes. Pero el frac y corbata blanca no son prendas convenientes para estas escursiones. Puede ocurrir tener que escapar, y el gaban ó americana se presta más al incógnito. No perdamos tiempo. En dos minutos cambio de traje, y luégo... Ya se me está haciendo la boca agua. (Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA V.

FILOMENA.

Esta debe ser la habitacion. Aprovechando un descuido de los criados penetro hasta ella, y como el criminal siente los latidos de su pecho, al perpetrar un delito, cuento yo los del mio, al cumplir un deber. Pasado el primer momento de celoso delirio, la reflexion ilumina mi entendimiento, y el verdadero amor purifica mi alma de bastardas intenciones. Si se provoca un escándalo, un duelo tal vez, mi ligereza puede causar la desgracia de Alfredo, y el remordimiento me quitaría la vida. No, que él sea feliz, aunque su ingratitud cause mi eterna desdicha. (Sacando la llave.) Pero de qué medio me valgo, para abrir sin que me vea?... No quiero

hablarle más. Le he dejado escrita mi resolucion y la verdad de lo ocurrido. (Alfredo llama á la puerta del guardaropa.) Él es.

ALF. (Dentro.) Voy á estar aquí toda la semana?

FIL. (Acercándose.) Chist... (Si pudiera darle la llave... ah!... por debajo de la puerta y escapo ántes de que abra.) (Mete la llave por debajo de la puerta.)

ESCENA VI.

DICHA, el BARON, con americana y hongo.

BARON. (Ya estoy en traje de correrla.)

FIL. (Al marcharse se encuentra con él.) Oh!...

BARON. Dios de los cielos! No es ilusion? Filomena!

FIL. (Se hiela mi sangre!)

BARON. Oh! ventura! (Va á la puerta de entrada para ver si viene álguien.)

FIL. (Aprovechando el movimiento del Baron, bajo en la puerta del guardaropa.) Todavía no.

BARON. Esto es más de lo que yo podía soñar, pero extremadamente expuesto.

FIL. Dispense usted, si impulsada por...

BARON. Comprendido: por el amor.

FIL. Tiene usted razon, por un amor que durará toda mi vida.

BARON. (Fuertecillo le ha entrado.) Afortunadamente ahora no hay peligro.

FIL. (Cómo alejarle de aquí?)

BARON. La Baronesa está en el teatro. Y por lo que veo, el cerrajero franqueó la reja, y usted ha penetrado por ella en este cuarto.

FIL. Justo, con el cerrajero. (Mi cabeza es una devanadera.)

BARON. (Mirando á la silla en que están.) (Y veo que ha dejado ahí las herramientas.) En dónde está?

FIL. No sé; pero si quiere usted convencerse de su primoroso trabajo, vaya en un momento á examinarlo.

Baron. Corriente; iremos juntos.

Fil. Eso es quitarle la poesía... No, usted se dirige al desvan por esta casa, y yo por la mia.

Baron. Comprendo. Nos encontramos allí, usted se resiste á que yo pase, yo se lo suplico de rodillas...

Fil. Y como la pasion me domina...

Baron. Vacila usted, y por último... penetro.

Fil. Me encanta usted por su penetracion.

Baron. No hablemos más: yo doy la vuelta por arriba.

Fil. Eso es, y se encuentra usted con lo más fino de la vuelta de abajo.

Baron. Andando. (Retirándose.)

Fil. Por mucho que usted corra, me propongo llegar primero.

Baron. (Deteniéndose al llegar á la puerta.) Aguarde usted. (Me engañará el oido?)

Fil. Qué sucede?

Baron. La más feroz de las desgracias.

Fil. Explíquese usted.

Baron. Que escucho la voz de mi mujer.

Fil. Cristo me ampare! Déjeme usted salir.

Baron. Ya no es tiempo, la encontraría usted en el pasillo.

Fil. Y qué hacemos?

Baron. (Señalando la primera puerta derecha.) Ahí. (Filomena se va por ella precipitadamente.)

ESCENA VII.

EL BARON, despues la BARONESA.

Baron. Quién podía pensar que abandonaría tan pronto el espectáculo! (Lino y D. Telesforo: éste con una bujía en la mano, salen y retroceden precipitadamente volviendo á cerrar, al ver al Baron.) En fin, aguzaré el ingenio para salir de este atolladero.

La Bar. (En la puerta, figurando que habla con la criada.) Retírese usted, no necesito nada.

Baron. Qué esto!... ya de regreso, querida mia?

LA BAR. Sí, me sentí algo indispuesta, y he tomado un coche...

BARON. Indispuesta!... pues á la cama en seguida.

LA BAR. Fué un ligero vahido, y el aire de la calle lo ha disipado. Pero extraño encontrarte en casa. Me dijiste en el teatro, que te llamaba un negocio urgente...

BARON. En efecto, pero me retentó este maldito dolor...

LA BAR. Y has venido á mudarte de traje, para marchar otra vez á la calle?

BARON. Á la calle?... quiá! ni lo he pensado.

LA BAR. Como te veo con el hongo puesto...

BARON. (Voto á!... ya no me acordaba.) Te diré; es que con el hongo suelo sentir algun alivio.

LA BAR. Extraño es el lenitivo.

BARON. Supersticiones de enfermos.

LA BAR. Pues, si no has de salir más, lo que te conviene, es retirarte á descansar.

BARON. Ántes que tú, sintiéndote indispuesta!... no, de ninguna manera.

LA BAR. Te repito que me encuentro bien, y en prueba de ello, voy á quedarme aquí leyendo, hasta que me dé sueño.

BARON. (Hasta que le dé sueño!)

LA BAR. Por lo tanto, es inútil tu galantería.

BARON. (Oh! qué idea!) Para que lo disfrutes en breve, voy á proporcionarte una sorpresa. (En cuanto prueba el Burdeos, ya se sabe.)

LA BAR. Una sorpresa?

BARON. Vuelvo al momento. (Váse.)

ESCENA VIII.

LA BARONESA, despues ALFREDO; luégo D. TELESFORO y LINO.

LA BAR. (Dirigiéndose al guardaropa.) Cerrado todavía! (Llama en él.)

ALF. (Dentro.) Voy. (Saliendo.) Gracias á los doce apóstoles!

LA BAR. (Mirando la llave.) Es brujería! Cómo abre usted por dentro?

ALF. Cómo he de abrir? Con la llave que usted me ha deslizado.

La Bar. Yo!...
Alf. Pues quién?
La Bar. (Hay para volverse loca!)
Tel. (Saliendo con Lino sin ver á los otros personages. á quienes oculta la puerta del guardaropa.) Soledad completa: podemos salir.
Lino. Y despachemos pronto, porque tengo priesa.
Tel. Más tenemos nosotros, que nos esperan.
La Bar. (Oyéndolos y cerrando el ropero.) Dios mio!
Tel. (Calla! la Baronesa y...) Sobrino de mi alma... Estás libre al fin? (Abrazándole.)
Alf. Sí; pero desvencijado de permanecer tanto tiempo en ese cuchitril.
Tel. Y cómo ha sido esto? Recuperó usted la llave?
La Bar. No tal, y reclamo el concurso de ustedes, para que me ayuden á descifrar este enigma.
Tel. Estamos atentos.
Lino. (Daría medio duro por un jarro de agua de la Cibeles.)
La Bar. Escuchen ustedes. (Todos se le acercan.) El Baron, haciendo lo que nunca, guardó cautelosamente esa llave. (Filomena se asoma, y al ver que no reparan en ella, desaparece rápidamente por la segunda puerta izquierda.)
Tel. Ese es el prólogo de la historia.
Alf. (Viendo á Filomena.) Cielos! Es una vision?
Tel. Qué te pasa?
Alf. Ella en este cuarto!
La Bar. Quién? Me ha dado usted un susto!...
Alf. Nadie. Prosiga usted.
Tel. La falta de aire lo ha trastornado.
La Bar. Semejante conducta no es comprensible en mi marido. sin causa especial que á ello le impulse.
Tel. Es evidente.
La Bar. La llave no ha salido de su poder.
Alf. Y sin embargo ha llegado al mio misteriosamente.
Lino. (Pa qué sirve ahora tanto palique?)
La Bar. Su inesperado regreso del teatro...
Tel. Ha vuelto?

LA BAR. Me lo encontré aquí, cuando venía ansiosa de saber si había usted cumplido mi encargo.

TEL. Pues debemos escapar como gamos.

LA BAR. Sin dilatarlo un momento. (Van todos hácia la puerta.) Siguen ustedes el pasillo, y á la derecha está la salida á la escalera.

LINO. Alza. (Queriendo salir el primero.)

LA BAR. No, quietos.

ALF. Qué ocurre?

LA BAR. Que se acerca.

TEL. Quién?

LA BAR. Mi marido.

LINO. El diluvio! Sálvese el que pueda. (Alfredo se va por la puerta de la ochava izquierda, D. Telesforo por la de la derecha, y Lino se esconde detrás de las cortinas del balcon.)

ESCENA IX.

LOS TRES ANTEDICHOS escondidos, la BARONESA, despues el BARON y PATRICIA.

LA BAR. (Sin tener en mi conciencia nada que me acuse, verme envuelta en este cúmulo de contrariedades!)

BARON. Ya me tienes aquí. (Sale conduciendo con Patricia una mesa con mantel, una botella de agua, dos de vino, pastas, jamon en dulce, platos y cubiertos.)

LA BAR. Qué significa esto? Crees que tengo ya gana de cenar?

BARON. (Colocando la mesa en segundo término.) Te prometí una sorpresa, y en un abrir y cerrar de ojos la he preparado con tu lista doncella.

LA BAR. En efecto, me sorprende esa mesa servida.

BARON. (Con media copa de Chateau Lafitte la duermo.)

PAT. (El pobre Lino estará desesperado.)

BARON. Tú verás.

PAT. Si yo pudiera... (Entreabriendo la puerta de la ochava izquierda.)

ALF. (Ap. á Patricia.) Chist.

PAT. (Cerrando.) (Santa Brígida! el señorito Alfredo!)

LA BAR. Qué hace usted ahí?
PAT. Nada... espero sus órdenes.
LA BAR. Retírese usted.
PAT. (Por qué no lo habrá metido en el guardaropa, como siempre!) (Váse.)

ESCENA X.

DICHOS, ménos PATRICIA.

BARON. Conque no aciertas lo que significa el modesto agasajo que tengo el honor de ofrecerte?
LA BAR. No lo alcanzo. (Se sienta en el sofá.)
BARON. Cuál es la fecha de hoy?
LA BAR. El cuatro de Febrero.
BARON. Justamente, aniversario de nuestro casamiento.
LA BAR. No recordaba...
BARON. Esta noche hace dos años, que me hiciste el más dichoso de los hombres, y no sería justo que dejasemos pasar el recuerdo, sin festejarlo con un par de copas de Burdeos.
LA BAR. Mi corazon te agradece la fineza, pero el estado de mi salud impide...
BARON. No te mostrabas tan melindrosa en aquella venturosa noche.
LA BAR. Entónces...
BARON. (Sentándose á su lado.) Pero quítate ese abrigo, que oculta á mis ojos la esbeltez de tu airoso talle.
LA BAR. No, no; me voy á constipar.
BARON. En esta habitacion tan abrigada?
LA BAR. Si ha de ser motivo de cuestion... (Se quita el abrigo.)
BARON. Cuánto más hermosa no estás así.
LA BAR. (Hace tiempo que no lo veo tan galante.)
BARON. Y ahora un brindis á nuestra union y felicidad. Yo voy á beber tambien.
LA BAR. (Ay! si bebe se va á poner muy pesado.) Tú?... buena locura estaría! para que se te aumente el dolor...
BARON. Un par de trinquis.

LA BAR. Ni medio. Lo que debes tomar es el agua con láudano, que tanto te alivia, y la voy á preparar ahora mismo. (Se levanta, echa agua en un vaso y vierte el láudano de un pomo que está en el tocador.)

BARON. Convenidos: me someto para darte ejemplo. Pero tú en cambio, has de ser complaciente tambien.

LA BAR. Lo primero es atender á tu salud.

BARON. Que no se te vaya la mano. Cuatro gotas.

LA BAR. (Echo veinte, para que lo rinda el sueño.) Ya lo tienes aquí.

BARON. Ahora lo tomaré, y entretanto, ven á mi lado otra vez.

LA BAR. Se va á evaporar. (Poniendo el vaso sobre el velador y sentándose.)

LINO. (Cogiendo el vaso y bebiéndose el agua.) (Aunque fuera veneno.)

BARON. Más cerquita, mujer.

TEL. (Asomándose.) (Mucho se alarga la sesion.)

ALF. (Id.) (Y á todo esto mi novia estará echando chiribitas.)

BARON. No recuerdas nuestra dicha en aquella noche feliz, al sentarnos en este mismo sitio? (Yo he de convencerla á fuerza de halagos.)

LA BAR. No la olvido ni un instante, pero...

BARON. Pues en prueba de ello, dame un abrazo.

LA BAR. Bah! déjate de zalamerías.

BARON. Uno solo.

LA BAR. (En contradiciéndole va á ser peor. Bien, tómalo. (Don Telesforo y Alfredo cierran precipitadamente sus respectivas puertas, y Lino, que tambien estaba asomado, se oculta detrás de las cortinas.)

BARON. Ay! qué rica! (Si lo ve la otra, comprenderá que este es un abrazo oficial.) (Se oye una campanilla.)

LA BAR. Llaman! Quién puede ser á estas horas?

BARON. Aún no es tarde. (Mirando el reloj.) Las diez y media.

PAT. Un caballero desea hablar con el señor Baron.

BARON. Conmigo! Quién es?

PAT. No le he visto nunca. Dice que es para un asunto urgente.

Baron. Bien, que pase.
La Bar. Aquí!
Baron. Tienes razon. No hay para qué enterarlo de nuestra íntimas libaciones. Le recibiré en la sala. (Váse con Patricia.)

ESCENA XI.

LA BARONESA, ALFREDO, D. TELESFORO y LINO. Apenas desaparece el Baron, Alfredo y D. Telesforo salen á la escena.

La Bar. La Providencia nos favorece.
Tel. Bendita sea la Providencia.
Alf. No se entretenga usted en bendiciones, y aprovechemos los instantes.
Tel. Dices bien, escurrámonos. (Se dirigen á la puerta,)
La Bar. Y el otro?
Alf. Quién?
La Bar. El cerrajero.
Tel. Es verdad. (Llegando hasta las cortinas.) Salga usted, hombre! No está?... En dónde se ha metido? (Descorre las cortinas y se ve á Lino recostado en el quicio del balcon.)
Alf. Durmiendo!
Tel. Habrá ganapan!
La Bar. Pronto, despiértele usted.
Tel. (Sacudiéndole.) Eh!... chispero! (Lino, completamente dormido, cae en los brazos de D. Telesforo.) Qué es esto? Un accidente?
La Bar. Otra contrariedad!
Alf. Estará ébrio.
Tel. Ántes no lo parecía. Al contrario, demostraba vivos deseos de agua.
La Bar. Oh! (Mirando el vaso.) Dios de bondad! Se ha bebido la preparada para el Baron!
Alf. Y qué?
La Bar. Veinte gotas de láudano.
Alf. Santísima Trinidad! Pues las va á digerir en el otro mundo.

TEL. Y qué hacemos con este costal de veneno? (Cogiéndole por la cintura, y arrastrándole al medio de la escena.)

LINO. (Soñando.) Condenada! no me hagas cosquillas.

TEL. Todavía habla. Sostenlo tú.

ALF. Cá!... yo no cargo con el muerto.

LA BAR. No me abandonen ustedes en este trance.

TEL. Descuide usted, señora; pero es necesario tomar una medida enérgica.

ALF. La más radical es arrojarlo por el balcon á la calle.

LA BAR. Jesús! Piso segundo!

TEL. Que se me cae. (Le deja en el suelo.)

ALF. La noche es oscura y caería como llovido del cielo.

LA BAR. Qué horror! No, ocultémosle en uno de esos aposentos.

ALF. Otro escondite?

LA BAR. Ustedes se van, y el cielo me protegerá.

ALF. De esa manera estamos conformes. En dónde le ponemos?

LA BAR. (Señalando la puerta de la ochava izquierda.) Allí.

TEL. Tú le coges los piés y yo los brazos.

ALF. Como una seda. (Lo hacen.)

TEL. No, como un plomo.

LA BAR. Vígen de la Almudena!

ALF. y TEL. (Soltándole.) Qué?

LA BAR. El Baron se despide de esa visita y no hay tiempo...

ALF. Pues señor, el trueno gordo.

LA BAR. Coja usted esa mesa.

ALF. Lo que cojo es el cielo con las manos. (Cogiéndola.)

TEL. Para qué?

LA BAR. Ahí... encima de él. (Ponen la mesa cubriendo á Lino, que queda con los piés hácia el público, asomando por debajo del mantel.)

TEL. (Lo dicho; es una mujer eminente.)

LA BAR. Ya se acerca.

ALF. Esto no va á concluir nunca. (Se va por la primera puerta derecha, y D. Telesforo entra en el guardaropa. La Baronsa se sienta en una silla á la derecha de la mesa.)

ESCENA XII.

LA BARONESA, LINO, el BARON, despues PATRICIA.

BARON. Es particular! Venir á preguntarme á mí... Hola!... te decidiste á hacer los honores de la mesa, y la has colocado convenientemente. (Sentándose en el otro lado.) Te lo agradezco.

LA BAR. No he sido yo. Mientras tú has recibido la visita, entré en una de esas habitaciones.

BARON. En cuál?

LA BAR. (Indicando la de la izquierda.) En mi dormitorio.

BARON. (Respiro.) La habrá colocado Patricia. (Llamando.) Muchacha?

LA BAR. Para qué la quieres?

BARON. (Que al volver la cara para llamar Patricia ha visto la de Lino debajo de la mesa.) (Dios eterno! Qué veo? El cerrajero.)

PAT. Ha llamado usted, señor?

BARON. Si vuelve ese caballero, le dices que no estoy en casa.

PAT. Así lo haré.

BARON. (Estará borracho, y el muy animal se ha escondido ahí debajo.)

PAT. (Acercándose.) Quieren los señores que sirva la mesa? (Tropezando con la cabeza de Lino.) (Qué es esto?)

BARON. Quédate, sí: serás nuestra copera.

LA BAR. Vuelves á la manía?...

BARON. (Ahora más que nunca.)

PAT. (Trasladando algunos platos de la mesa al velador, mirando lo que hay debajo de aquella.) (Tengo cataratas! Dormido en ese sitio!)

BARON. (Á Patricia.) Sírvenos vino.

PAT. En seguida. (Lo hace.)

BARON. (Diantre! que se le ven los piés.) (Tira del mantel con disimulo hácia adelante.)

LA BAR. Basta, yo no he de beber.

BARON. Vamos, media copita.

LA BAR. (Viendo los piés de Lino, y haciendo lo propio que el Baron.)

(Hemos colocado mal la mesa.)

PAT. (Pobrecito!... á él que le gusta dormir con la cabeza alta.) (Toma un almohadon del sofá, y lo coloca debajo de la cabeza de Lino, cuando el Baron y la Baronesa no se aperciben de ello.)

LA BAR. No me has dicho quién es el sujeto que te buscaba.

BARON. El que ménos puedes figurarte. (Tirando del mantel.) El padre de la futura de Alfredo.

LA BAR. (Id.) Á tí!... con qué objeto?

BARON. Con el de inquirir el paradero del novio.

LA BAR. Aquí!... Tiene gracia.

BARON. (Id.) La boda debía verificarse á las nueve, y como ni Alfredo ni su padrino han parecido, el suegro salió á buscarlos, y naturalmente, lo primero que hizo fué venir á su casa, en la que tampoco se encuentran.

LA BAR. Es posible!

PAT. (Sí, que lo busquen.)

BARON. Y el hombre se dirigió á esta, por si nosotros, como vecinos más inmediatos, sabíamos del niño perdido.

LA BAR. (Id.) Nosotros!... Me gusta la idea. Qué nos importa?

BARON. Eso le dije yo; pero el pobre está desesperado, porque su hija, que debe ser una malva, ha hecho añicos la vajilla del bufet, y trizas el traje de desposada.) (El mantel arrastra ya sobradamente, y los objetos que hay encima están al borde de la mesa y á pnnto de caer.)

PAT. (El mantel se cae por aquel lado, y lo van á ver.) (Tira del mantel hácia el foro.)

BARON. Muchacha, qué hace usted?

PAT. Igualar el mantel.

LA BAR. Bien está de cualquier modo.

BARON. (Quién la mete á ella?...) Ponga usted platos.

LA BAR. (Esta situacion es horrible!) (Lino ronca.)

LOS TRES. Oh!... (El Baron canta, dando en un vaso con el cuchillo. La Baronesa tose y Patricia hace ruido con los platos.)

BARON. (Dándole un puntapié.) (Calla, cernícalo.) (Cesa el ruido.)

LA BAR. (Siento una convulsion, de miedo.)

BARON. Adviertes lo contento que estoy?

La Bar. Y me place en extremo.

Baron. Pues lo estaré más, en cuanto apures una copa. Dame ese gusto, tórtola mia.

La Bar. Si es formal empeño, beberé, pero no de ese vino. Prefiero un sorbito de Curaçao.

Baron. Magnífico! y en seguida cada uno á su cuartito.

La Bar. Vé por él.

Baron. No sé dónde está. Lo tienes guardado, porque dices que me hace daño.

La Bar. (En donde tengo las cartas de!...) Prometes ser muy parco, y retirarte á descansar al momento?

Baron. Lo juro.

La Bar. Con esa condicion, yo misma iré por él. (No hay otro medio.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ménos la BARONESA.

Baron. (Es preciso adoptar una resolucion heróica.) Patricia?

Pat. Señor.

Baron. (Ayudándola.) Retira esta mesa.

Pat. (Retirándola.) (Ay! qué va á suceder aquí!)

Baron. Ves ese hombre?

Pat. Le juro á usted que ha entrado sin mi conocimiento.

Baron. Lo sé, y si le dices una palabra de esto á mi mujer, te asesino.

Pat. (Se ha vuelto loco!)

Baron. Ayúdame. (Cogiendo á Lino por los brazos.)

Pat. (Id. por los piés.) Qué va usted á hacer con él?

Baron. Lo que no te importa. Sígueme aprisa.

Pat. Ay!... encoge una pierna. Le habrá dado algun calambre.

Baron. (Conduciéndolo hácia la puerta de la ochava izquierda.) Así le diera erisipela negra.

Pat. Y me parece que quiere andar. (Al llegar á dicha puerta.) Señor, ahí no.

Baron. Por qué?

PAT. Porque... en esa habitacion duerme el loro, y si se despierta escandaliza la casa.

BARON. Pues dejemos tranquilo al loro, y metamos allí al mochuelo. (Lo hacen por la puerta de la ochava derecha, que cierra el Baron.)

PAT. (Tomándolo del suelo.) Le pongo este almohadon?

BARON. No, luégo le pondremos una cantárida, que es lo que necesita. Ahora te vas al recibimiento.

PAT. Muy bien, señor.

BARON. Y cuando se presente una jóven, le abres la puerta sigilosamente.

PAT. Ay!... En cosas que puedan comprometerme, no cuente usted conmigo.

BARON. Obedece, ó te estrangulo.

PAT. Lo dicho; ha perdido el juicio.) (Váse.)

ESCENA XIV.

EL BARON, despues ALFREDO.

BARON. Descartado de ese marmolillo, lo que urge es poner en franquía á esta inocente. (Abriendo la primera puerta derecha y entrando un momento.) Salga usted, luz de mis ojos. (Saca de la mano á Alfredo.)

ALF. (Qué es esto?... ah!... ya comprendo.)

BARON. (San Crisóstomo! Alfredo!)

ALF. (Dominemos la situacion.)

BARON. Qué hace usted aquí?

ALF. Lo que debe hacer un hombre altivo, con el falso amigo que le engaña.

BARON. Tengo el disgusto de no entender á usted.

ALF. Y yo el quebranto de haber conocido su artera felonía.

BARON. Ántes de contestar á tal insulto, me permitirá usted que le pregunte, cómo ha penetrado en esa habitacion.

ALF. Como á usted no le importa.

BARON. Hombre!... me gusta el descaro.

ALF. Sobornando criados, violentando puertas, haciendo escalos... cuanto conduce á sorprender un libiano aten-

tado, en el que debía ser para usted santuario de recato y moralidad.

BARON. Le repito á usted que habla en griego.

ALF. No señor, hablo en plata. Le parece á usted que es decente?...

BARON. Caballero! esa frase...

ALF. No retiro ni una letra; decente.

BARON. Bueno.

ALF. Saber que cifro mi felicidad en el amor de una candorosa jóven, y secuestrarla en el sagrado del hogar conyugal, para abusar de su inocencia?

BARON. Baje usted la voz, que no soy sordo. (Este hombre es nigromántico! Cómo ha sabido?...)

ALF. Presumía usted, que había de soportar con calma, la decepcion del amigo y la falsedad de la mujer amada?

BARON. De qué mujer?

ALF. De Filomena.

BARON. Por favor, no grite usted, que mi cónyuge está descansando.

ALF. (Con voz reconcentrada.) Sí señor, de Filomena.

BARON. (Id.) Pues le digo á usted que delira; porque no la he visto, desde...

ALF. Falso: estaba aquí.

BARON. Oiga usted, estas no son horas de deslindar tales asuntos. Tenga usted la bondad de retirarse, y mañana á la luz del dia le convenceré de su error.

ALF. Y yo le probaré á usted su criminal inteligencia con esa engañadora.

BARON. Trabajo le mando. (Ella lo ha de callar.)

ESCENA XV.

DICHOS, PATRICIA, despues FILOMENA.

PAT. (Ap. al Baron.) Ahí está ya. (Viendo á Alfredo.) (Qué miro!... de qué medio se habrá valido?...)

BARON. (Id. á Patricia.) Quién?

PAT. (Id.) La jóven que usted esperaba. La ví rondando en

la escalera, y segun usted me mandó, le he abierto sigilosamente la puerta.

BARON. (De qué habla esta chica?)

FIL. (*Saliendo.*) (Al ver que no sale, me ha dominado la ansiedad.)

PAT. Mírela usted.

BARON. (Jesucristo!)

PAT. (*Al ver á Alfredo.*) (Juntos! Dios mio, lo habrá sorprendido!...)

ALF. (Ella!) (*Al Baron.*) Lo negará usted ahora?

BARON. (Cómo lo niego, si está loca por mí!)

FIL. (No sé qué decir.) Vengo á...

ALF. No se moleste usted en explicarlo. (Esta es la ocasion de desenjaular á mi tio.) Usted, demostrando una veleidad que nunca hubiera creido, sostiene relaciones amorosas con este caballero.

FIL. Yo!

ALF. Y como me proponía sorprenderlos, para exigir despues la correspondiente satisfaccion, he traido un testigo, que ratificará con su palabra, lo que pudiera dudarse de la mia. (*Abriendo el guardaropa.*) Salga usted.

FIL. Tal acusacion!...

ESCENA XVI.

DICHOS, D. TELESFORO.

TEL. Llegó la hora?

ALF. (*Ap. á D. Telesforo.*) Apoye usted cuanto yo diga.

BARON. (*Al verlo.*) (Otro!... Mi cuarto se ha vuelto una conejera!)

ALF. Este testigo afirmará...

TEL. Sí señor, lo afirmaré.

ALF. Que á las altas horas de la noche recibe usted á su querida...

PAT. (Tambien él!...)

BARON. No lo podrá afirmar.

ALF. Para estrecharla en sus brazos.

TEL. Para estrecharla fuertemente.

BARON. (Mucho estrecha este testigo.)

ALP. Beso á usted la mano.

TEL. Lo mismo digo. (Gracias al martirologio romano!) (Vánse.)

FIL. (No vuelvo de mi asombro!)

ESCENA XVII.

FILOMENA, PATRICIA, el BARON.

BARON. (Y se queda!)

FIL. Qué significa esto?

BARON. El diablo que lo entienda! Pero vaya usted, vaya usted con ellos y se lo explicarán.

FIL. Ya lo adivino. Habrá usted dicho, por vanagloriarse, alguna cosa en mengua de mi decoro.

BARON. No he despegado mis labios.

FIL. (Y yo que penetro aquí para escudar á Alfredo en todo peligro, me encuentro acusada por él.) ¡Ay!

BARON. Por los mártires del Japon, retírese usted, y no comprometa la paz de mis lares.

FIL. Imposible... ¡Ay!

PAT. Se pone usted mala?

FIL. Me falta la respiracion.

BARON. (Empujándola hácia la puerta.) En una ventana del patio puede usted tomar el aire.

FIL. Me abandonan las fuerzas... ah! (Cae desmayada en los brazos del Baron.)

BARON. Sincopada!... sólo me faltaba esto. Llevémosla á tu cuarto.

PAT. Dice usted bien. Oh! (Mirando á la puerta de la izquierda.) Ya no es posible! La señora, la señora.

BARON. (Aquí se hundió Jerusalen!) Pronto, al sofá. (La coge el Baron por los brazos y Patricia por los piés y la ponen sentada en el extremo izquierdo del sofá.)

PAT. (Al conducirla.) Esta noche parecemos una ambulancia de la Cruz Roja.

Baron. Ahora siéntate ahí, para cubrirla con tu cuerpo.
Pat. Pero señor...
Baron. Te ganas unos zarcillos de venturina. (Patricia se sienta en el brazo izquierdo del sofé, procurando cubrir con su traje á Filomena.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, la BARONESA, con una botella.

La Bar. No me ha costado poco trabajo encontrar el dichoso licor. De puro guardado...
Baron. Eso acontece siempre.
La Bar. La sirvienta sentada delante de tí! (Sin dejar la botella.)
Baron. Já! já! Ya lo ves.
La Bar. Qué es esto? (Separando á la criada y viendo á Filomena.)
Baron. Curaçao. (Se desplomó el firmamento!)
Fil. (Levantándose.) Ay!... que me saquen de aquí.
La Bar. Quién es usted? (Dejando la botella en la mesa.)
Fil. La mas desesperada de la tierra.
La Bar. (Al Baron.) Responde; qué busca esta jóven?
Baron. Ya lo oyes: el camino del viaducto.
La Bar. Te busca á tí, que protegido por la criada, profanas con tan baja intriga mi propia habitacion.
Fil. Señora, yo soy una mujer honrada.
La Bar. Mal lo demuestra la actitud en que acabo de sorprenderla.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ALFREDO.

Alf. Señor Baron, he cometido un grave error. (Al ver á la Baronesa.) Ah!...
Baron. (Este es el puntillero de la corrida.)
Alf. Dispense usted, Baronesa; suponía encontrarlo solo.
La Bar. Á mi adorable esposo le ha dado ahora por estar muy acompañado.
Alf. (Ap. á Filomena.) La carta que hace poco has escrito en

mi despacho, me lo explica todo, y sería un malvado, si no volviese aquí, á proclamar tu inocencia.

FIL. (Id. á Alfredo.) Si la verdad puede comprometerte, mejor quiero aparecer culpable.

ALF. Acontecimientos, que sería prolijo relatar, han impedido mi presentacion á la hora de la boda, en la casa de la que debía ser mi esposa.

BARON. En efecto, aquí han venido á preguntar...

ALF. Su padre, sus deudos, los testigos corren por Madrid averiguando mi paradero. Y esta jóven, parienta mia, temiendo alguna desgracia al no hallarme en mi casa, ha entrado en esta, con el fin de indagar...

LA BAR. Si tan natural y sencillo era su objeto, por qué se recataba de ser vista?

FIL. Yo!...

PAT. Porque al manifestarle mi amo que nada sabía del señorito Alfredo, cayó desmayadada en el sofá.

BARON. Cabal.

FIL. Ah!... si, ya recuerdo.

BARON. Y como eres tan celosa, me aturrullé, y ordené á Patricia que la ocultase con su cuerpo.

PAT. Ni más, ni ménos.

BARON. (Se me ha quitado un monte de encima.)

LA BAR. Y se puede saber, amigo mio, cuándo tiene efecto la boda suspendida?

ALF. Me parece que nunca.

BARON. Le prevengo á usted que la novia es un basilisco.

ALF. Por eso, y como la aceptaba sólo por complacer á mi tio, ha ido este á participarle nuestra renuncia.

FIL. (Será verdad!)

ALF. Me casaré en breve; (Cogiendo una mano de Filomena sin que los demas lo vean.) pero será con esposa de carácter más dulce, y que me ame extrañablemente.

FIL. (Ap. á Alfredo.) Por toda su vida.

LA BAR. (Id.) Pero qué hacemos con el cerrajero? Todavía está aquí, y tal vez habrá muerto.

ALF. (Id. á la Baronesa.) Siga usted mi primera idea: arrojarlo

por el balcon.

LINO. (Saliendo.) (Me he dormido sin saber cómo ni cuándo. Canario!... La mar de gente!) Abur. (Ántes de que los demas vuelvan la cabeza, desaparece por la segunda puerta derecha.)

TODOS. Eh?...

BARON. Nada, nada. (Ap. á Patricia.) Algun resoplido de ese cernícalo.

PAT. (Id. al Baron.) Es preciso socorrerle. Quizá estará en la agonía.

BARON. (Id.) No temas. En cuanto esto se despeje, lo echamos de cogote al pozo.

PAT. (Á él! ántes baja usted de coronilla.)

BARON. (Al público.)

Como debes presumir,
á fuer de entendido juez,
nuestra mision esta vez
fué solo hacerte reir.
Si la supimos cumplir,
y logrando nuestro intento,
llegó á puerto viento en popa
de esta farsa el argumento,
demuéstranos tu contento,
aplaudiendo el GUARDAROPA.

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, y de *D. J. A. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.